

Pueblos indígenas costarricenses en proceso de descolonización:

El papel solidario de la Universidad Pública¹

Juan Rafael Gómez Torres

En Costa Rica y en el resto de América Latina, los indígenas han venido revirtiendo el orden colonial impuesto en sus territorios, prueba de ello es la defensa y recuperación de sus tierras sagradas y la defensa de sus saberes negados. Esa lucha y organización desde la emergencia del otro también busca que el resto de la sociedad costarricense les reconozca y asuma su diversidad cultural.

Hoy día las ciencias sociales en general han reconocido su papel colonizador en el pasado -y aun en el presente- y eso ha hecho que muchos intelectuales en el presente busquen reivindicarse con estas poblaciones, establecimiento el diálogo intercultural con otros saberes otrora despreciados por considerarlos inferiores, insuficientes o acientíficos. Así las cosas, hoy día muchos académicos luchan por la incorporación de otros saberes, los que hablan por sí mismos, de modo que lo indígena puede plantear su derecho a participar en la construcción del conocimiento producido sobre su propia realidad.

La práctica de exclusión de los saberes del Otro/a ha sido utilizada con gran interés por los grupos dominantes e imperialistas, mismos que suelen partir del narcisismo enajenante y racista. En ese sentido la ciencia occidental ha sido un instrumento ideológico para determinar la inferioridad del saber de estos pueblos. En ese contexto el papel de las universidades públicas ha sido en general el de replicar esos esquemas estructurales de sometimiento o sujeción del otro, convirtiéndole en un objeto apreciado de investigación. Ello lo ha hecho de la mano de institutos de investigación, organismos financieros, ONGs, Ministerios del Estado, entre otros entes al servicio del poder económico internacional. De tal modo que han estudiado a estas

1 Conferencia dictada en el marco de las conferencias de formación continua de la UNA, compartida en mayo del 2014 en el Auditorio del CIDE.

poblaciones hasta el hartazgo, de un modo objetivista y para extraer conocimientos, recursos y bienes de sus territorios, cometiendo atrocidades y abusos en ese proceso.

El paso para entender que estos pueblos son autónomos, con saberes ancestrales propios, con tradiciones y costumbres vitalizantes, no ha sido nada fácil y aún no está del todo comprendido ni asumido. En la actualidad hay quienes en nombre de la interculturalidad no pasan del espectáculo etnoturista de la caridad, del paternalismo o de la indiferencia. Se ha creído que el indígena es un buen salvaje (desde Bartolomé de las Casas), una persona buena pero ingenua e inocente, un alguien que hay que proteger, hablar por él o representar (optimismo antropológico). Creer eso por más buenas intenciones que se tenga causa un gran daño a estas comunidades pues se sigue creando conocimiento sobre y no desde y con los pueblos indígenas.

Hoy sabemos que se debe partir desde y con el otro/a, donde sean ellos y ellas los que hablen por sí mismos y los que tomen sus decisiones. No se trata de dejarlos solos en esa lucha descolonizadora, por supuesto que se hace necesario el acompañamiento del otro como parte de su reconocimiento, pero acompañar no es reemplazar ni anular, es un aceptar que el otro me afecta y que tengo la responsabilidad de cuidarlo en tanto nosotros. Por tanto, cuidar al otro es permitir que sea por ellos mismos, es un aprender de su cosmovisión intercambiando experiencias de vida y nutriéndose de sus saberes y sentires; es decir, no se trata de ponerse en el lugar del otro/a entendido como quitarle su lugar sino ponerse a su lado y colaborar desde la interculturalidad crítica y comprometida con la vida plena.

Esa tarea la universidad la puede y debe hacer desde distintas áreas del saber y plena interacción los saberes negados de estas y otras poblaciones. Por ejemplo, lo puede hacer desde el derecho en colaboración con otras disciplinas, desde allí podemos introducir en el currículo alguna especialidad en derecho indígena de modo formal o informal en pleno diálogo con otras ciencias, podemos asesorar a estas comunidades, podemos revisar el ejercicio jurídico en la aplicación del derecho positivo, podemos acompañarlos en procesos de lucha, entre otras acciones. De ese modo se puede acompañar solidariamente al otro dado que el otro me toca, me importa y me constituye como ser humano.

Por tanto, ya es hora de que los centros universitarios vayamos a aprender de estas y otras comunidades y que dejemos de enseñar verticalmente como si fuéramos templos de la verdad. Escuchar, aprender y acompañar son acciones, entre otras, que pueden reinventar el acercamiento a estas poblaciones.

En diez años que llevo de compartir con la comunidad bribri de Kachabri en Talamanca, he aprendido que estos pueblos sabios están deseosos de comunicar sus saberes, pero cansados de ser tratados, minimizados y utilizados como objetos de curiosidad investigativa. Son inmensos los reclamos que me han hecho sobre los daños que le han ocasionado las visitas de antropólogos, geólogos, abogados, sociólogos, psicólogos, entre otros especialistas que han ido al campo para beneficiarse de modo personal, aprovechando su apertura cultural, publicando libros, artículos, canciones e investigaciones y realizando asesorías y consultorías a compañías nacionales e internacionales, a centros financieros, a Ministerios y hasta centros políticos de otros gobiernos. Estas personas en el pasado no muy lejano luego de publicar o alcanzar su fin utilitarista o egoísta solían desaparecer dejando de lado grandes expectativas producto de sus falsas promesas.

Muchos de esas obras, sobre todo libros nos acompañan en las universidades y suelen pretender hablar por los indígenas, se atreven a interpretar, sintetizar y explicar el pensamiento indígena, hecho que además de oprobioso y atrevido es una afrenta al saber de las culturas ancestrales tan irreductibles a categorías occidentales. La complejidad de su pensamiento y la particularidad del mismo, además de ser producido en una lengua propia y bajo cánones específicos de su cosmovisión impide o dificulta realizar una comunicación de lo que piensan, sienten o viven sin ser parte de esos pueblos. Por eso, más que reproducir su saber de forma occidentalizada las universidades y las y los universitarios deberíamos escucharlos, visitarles si ellos lo permiten, acompañarles en sus luchas, aprender de sus saberes, sentires y vivencias para retroalimentarnos, revisar nuestras acciones, generar intercambios, permitir su autodeterminación, no esencializarlos y aceptarlos desde sus diferencias, contradicciones y particularidades.

En ese sentido la solidaridad para con los pueblos indígenas es urgente pues su lucha por la autorepresentación y por ser si mismos les ha causado muchas agresiones físicas y psicológicas que reciben de finqueros y otros Sikuas (no indígenas) racistas que invaden sus tierras ancestrales reconocidas por la Ley (como actualmente lo viven las comunidades de Cebror, Salitre, Térraba, Baja Talamanca, entre otros). También son muchas las arremetidas que sufren de los usureros que se enriquecen mediante la compra mal pagada de sus productos agrícolas, artesanales y otros (por ejemplo, en Talamanca en el 2013 solían pagar 600 colones por racimo de plátano el que se revende en el Valle Central hasta en 200 colones el dedo, menos de 1000 colones por artesanías que se revenden en San José hasta en más de 10000 mil colones por pieza).

Demasiados son los embates de la Ley Sikua que suele fallar en su contra por no contar con buena representación (casos en que ni siquiera hay intérpretes). Otros abusos los cometen las empresas, organismos, internacionales, universidades, gobiernos... que invaden sus tierras para beneficiarse o beneficiar a otros/as extrayendo conocimientos, recursos naturales y espirituales. Además, es abusiva la invasión que realizan grupos religiosos que en nombre de un dios cristiano absoluto, dogmático y atemorizador infringiendo miedo y división la comunidad y obligándoles a renunciar a sus creencias por considerarlas casas del demonio (baste señalar los estragos que ha hecho las religiones de denominación cristiana entre los Malekus), entre otros.

De ese modo, para los Awàpa Lizandro, Ricardo y Justo, el peor peligro que enfrentan hoy día como comunidad sigue siendo las arremetidas del desarrollo expoliador, la educación sikua por ser un medio de control e imposición de la cosmovisión sikua y la religión, sobre todo la invasión neopentecostal que se vive en la zona, pues la consideran invasiva, irrespetuosa de sus costumbres y adoctrinante. Ese proceso civilizador o normalizador del Otro/a se ve como una invasión permanente y silenciosa que lleva más de 500 años. Pero al igual que en el pasado, ellos creen que seguirán siendo indígenas solo si siguen los preceptos de *Sibò*, es decir si viven los preceptos de su cosmovisión practicando sus costumbres y tradiciones donde el centro de todo

es la naturaleza misma y donde nosotros estamos vinculados a ella de modo inseparable.

Por otro lado, según los índices materiales, que usa el Estado de la Nación o la ONU, para medir la pobreza se les suele considerar de bajísimo Desarrollo Humano. Para los informes de Desarrollo Humano de la ONU estas poblaciones suelen quedar en los últimos lugares y según el Estado de la Nación son las zonas con más pobreza y desigualdad social, de allí que estén ubicados en las zonas más pobres del país (zonas rurales alejadas, fronteras y costas).

Eso es cierto si la pobreza solo da cuenta de la ausencia de bienes materiales, infraestructura y servicios. Por su puesto que eso es necesario e importante para estas comunidades, pero los informes dicen nada o poco de las cadenas ancestrales de solidaridad que no permiten que nadie pase hambre, tampoco informa de las infraestructuras comunales de corte ancestral, de los bosques, tierras, aguas y otros beneficios que reciben de Iirria (la tierra).

De esos informes se puede deducir que el Estado está en deuda en estas regiones, aunque no ha estado ausente del todo pues tiene presencia simbólica mediante la imposición de la ley nacional ajena a su realidad, la educación colonizadora y normalizadora, el sistema de salud que suele irrespetar las creencias y prácticas ancestrales de la medicina tradicional, entre otras instituciones ajenas a su realidad. A pesar de lo dicho se debe reconocer que en tiempos recientes parece que el Estado costarricense está aprendiendo a escuchar y a responder a las necesidades e intereses de dichas comunidades, aunque lo hace lentamente.

Esa presencia invasiva del Estado ha provocado la pérdida de prácticas ancestrales, por ejemplo, al morir alguien de la comunidad el cuerpo debe ir a la Morgue y ser intervenido por forenses, esa acción es un atropello imperdonable, pues para los bibris el cuerpo no se debe tocar ya que no ha realizado el viaje al SulaKanska y el Óköm y Bikákala deben preparar a los espíritus del cuerpo para que realicen el viaje, ese proceso incluye a los familiares y a la comunidad. Además, han desaparecido profesiones ancestrales como Tsökol al ya no poder enterrar los huesos cerca de sus casas luego de hacer un ritual de purificación lejos en la montaña, que hacía este

sabio mediante cantos, el cuerpo permanecía por un año hasta ser recogidos los huesos para ser trasladados a la casa.

Pero no se trata de que el Estado se ausente sino de que cumpla su responsabilidad solidaria con todos los habitantes de la nación, especialmente con aquellos más desfavorecidos, olvidados o menospreciados. Se trata de que escuche y permita la autonomía de los pueblos tal y cual lo exige el Derecho Internacional (por ejemplo el Convenio 169 de la OIT) y que mediante ese derecho le acompañe y le de lo que le corresponde para que puedan alcanzar estándares de vida digna, saludable y ajustados a sus tradiciones, creencias o cosmovisiones. De tal modo que les permita su auto organización, esto es, sus leyes, educación propia, un sistema de salud de acorde a sus prácticas medicinales, su religión, etc.

La Universidad puede acompañar a estos pueblos, pero también puede ayudar introduciendo el tema indígena en el currículo, no como un contenido más sino como una vivencia donde las y los estudiantes vayan con sus profesores a las comunidades que lo permitan y desde allí y con ellos inicien un proceso de intercambio justo, donde se intercambien saberes occidentales que pueden generar buena vida con saberes indígenas que puedan ayudarnos a revisar nuestras prácticas depredadoras, egoístas y materialistas. En se encuentro intercultural la universidad debe ir a aprender más que enseñar o a escuchar más que a hablar, a acompañar y no a dirigir, es decir, a solidarizarse y no a aprovecharse.

Para acompañar a los pueblos en sus luchas es necesario aprender y no decidir por ellos/as ni intervenir al menos que así lo soliciten y según lo requieran o lo establezcan. Ese acompañamiento se puede vislumbrar en la creación de redes de apoyo y redes de comercio justo que compre o intercambie productos con estas poblaciones sin dejar espacio a la usura y a la avaricia. Es un acompañar aprendiendo o un mandar obedeciendo como decía el Sub comandante Marcos.

Me alegra estar aquí acompañado de personas de la comunidad de Kachabri donde he aprendido y sigo aprendiendo y donde ese aprendizaje me ha ayudado ya ser mejor ser humano y a humanizar a la universidad donde trabajo desde mis intercambios con los otros. Digo que me alegra hablar en su presencia sobre lo que he aprendido de su

pueblo, pues en su comunidad me han enseñado que hay que estar autorizado por los mayores para decir sin distorsionar lo que Sibö les enseñó.

Por eso, lo más importante es escucharlos, aprender de ellos/as y colaborar desde sus creencias y tradiciones, pues hoy nos vienen a compartir su saber ancestral y luego de escucharlos sería importante decidir desde lo que ellos expresan en qué podemos colaborar para hermanar a nuestros pueblos.

Gracias.